

UN MISIONERO PROTESTANTE EN GIBRALTAR Y ALGECIRAS: 1825-1828.

José María Alberich Sotomayor

Los buenos oficios de mi amigo el librero de Londres Paul Orsich han puesto en mis manos un libro curioso y poquísimamente conocido, pues se imprimió a costa del autor (y tal vez con escasa tirada) en la capital inglesa en 1830. Se titula *A Brother's Portrait, or Memoirs of the late William Barber*, y en la misma portada se sigue explicando, al estilo de la época, que dicho reverendo fue a Gibraltar para misionar entre los residentes españoles del Peñón, y que murió víctima de la epidemia que azotó a la colonia en el verano y otoño de 1828.

Murió joven, con apenas 29 años, y el responsable de esta "memoria", compilada a base de sus diarios y sus cartas, fue su hermano mayor, Aquila Barber, también ministro protestante y metodista o wesleyano⁽¹⁾. Se trata, pues, de una obra rara, no solo por su escasa difusión, sino porque su protagonista se encuentra en Gibraltar y su Campo cuando España sufre la etapa más dura del reinado de Fernando VII, la "ominosa década", y cuando, por eso mismo, hay poquísimos viajeros extranjeros - o por lo menos, ingleses - que atraviesen sus fronteras. Sin embargo, para nosotros los campogibraltares de hoy, su interés potencial queda considerablemente disminuido por tratarse de un diario espiritual, introspectivo, lleno de sutilezas religiosas e incluso de términos poco inteligibles para los que no sean metodistas (tales como "tronos de Gracia", "*Thrones of Grace*"), y, sobre todo, con poquísimas referencias al mundo externo y material que constituye el principal centro de interés para el historiador⁽²⁾. Espigaremos, no obstante, lo poco que el libro tiene de mundano y en especial lo referente a la estancia del Rev. William Barber en Gibraltar y su viaje a Algeciras.

William Barber nació en Bristol el 25 de abril de 1799, de padres muy piadosos - el padre metodista, la madre baptista - segundo varón de una prole cuya cuantía exacta no se cuida de precisar el compilador, quien habla tan sólo de "a numerous family". Todos siguieron la senda del Metodismo wesleyano⁽³⁾. Según su hermano Aquila, William fue un niño díscolo y difícil, muy mentiroso y travieso, por lo cual lo enviaron sus padres a un internado de Wellington, pero a los quince años se "convirtió" y abrazó con entusiasmo la religión de su familia, abrigando deseos de consagrarse a su difusión como

Viajeros

ministro o pastor, y predicando en efecto a algunas feligresías próximas a Bristol. Su transformación en misionero fue, no obstante, resultado de un largo proceso. Se ganaba la vida con dificultad, como maestro particular de primeras letras, y su mala salud le creó numerosos problemas. La tuberculosis - el gran azote de la juventud inglesa de entonces - le atormentó y debilitó desde muy pronto e incluso destrozó su vida afectiva, pues su esposa, una muchacha de Gloucester, igualmente metodista, murió del mal de Koch a los seis meses de su casamiento. El viudo William solicita sin cesar de la jerarquía que se le ordene como misionero, pero sus superiores, aunque seguros de su vocación, consideran su mala salud un obstáculo serio, hasta que por fin el Comité de Londres accede a sus deseos y lo envía a Gibraltar, precisamente en la creencia de que el clima meridional resultará beneficioso para sus pulmones.

Algún tiempo antes de marchar ya se estaba preparando con el aprendizaje de la lengua, con vistas a ejercer su ministerio entre los españoles de la Roca y, si era posible, *“para entrar en ese vasto, oscuro y desolado territorio donde la superstición española ha recorrido una escala continuada de postración mental, tiranía, infatuación [?], locura, crimen, revolución y anarquía”* (p. 226).

No llevaba, pues, una idea muy optimista de lo que iba a encontrar en nuestra patria, si bien en la realidad nunca llegó a plantearse la posibilidad de misionar en ella. La tarea hubiese sido peliaguda y peligrosísima en aquellos años en que los Voluntarios Realistas, fanáticos y cerrados de mollera como pocos, imponían la dictadura de Fernando, que era en puridad la dictadura del pueblo⁽⁴⁾. Por otra parte, no le faltarían españoles que intentar adoctrinar en el Peñón, ya que este hervía entonces de refugiados políticos⁽⁵⁾ tras la *débâcle* del incipiente liberalismo hispano en 1823.

Después de un viaje largo y tempestuoso - que al llegar describiría a su familia en una larga carta reveladora de sus buenas dotes de narrador, tan raramente manifestadas - el Rev. William Barber arriba al Peñón el 5 de enero de 1825. Durante todo el trayecto había soplado un viento huracanado de levante que les puso a pique de naufragar en varias ocasiones, pero sus oraciones lograron por fin que el viento virase al NW. Al entrar en el Estrecho, la costa de África le hace pensar en San Agustín, en los cartagineses y en los romanos. La vista del cabo de Trafalgar le llena de orgullo patriótico. Se aproximan a la bahía de Algeciras una noche de luna, en medio del majestuoso espectáculo de dos continentes que se miran de hito en hito. Como el viento les favorece para continuar viaje por el Mediterráneo, como era su objetivo, desembarcan a nuestro hombre en un bote que lo deja en el Muelle Viejo, llamado *“The Devil’s Tongue”* o Lengua del Diablo en aquellos tiempos.

A los pocos días de su llegada, el 21 de enero, escribe a su hermano Aquila una larga descripción de la plaza, acompañada de un croquis; su pintura verbal, aunque exacta, está muy lejos de revelar el entusiasmo patriótico con que otros viajeros celebran la presencia de la civilizada y poderosa Inglaterra en la salvaje Península Ibérica⁽⁶⁾. Son los tiempos del general Don, realizador de importantes mejoras urbanísticas en la colonia, entre las cuales le llama especialmente la atención su nueva Alameda, donde crecen las plantas exóticas que en Inglaterra sólo se ven en los invernaderos, pero la nota más saliente de esa extensa epístola es una nota de desasosiego y de disgusto por encontrarse tan cerca de España.

Del paisaje que se divisa desde allí dice que es impresionante a primera vista, pero si se fija uno, no contiene más que tierra rocosa y estéril. Allí no hay campos cultivados, ni grandes carreteras llenas de tráfico, ni industrias que produzcan riquezas ni den trabajo a multitudes de proletarios.

Esta es una queja corriente entre los viajeros ingleses⁽⁷⁾, habitantes de un país superpoblado, parcelado, lleno de caminos y canales, y a los que no gustaban las vastas soledades de nuestros montes y dehesas. Pero en el Rev. Barber no era sólo una cuestión de estética, sino una preocupación religiosa. Él no ha viajado más que por Inglaterra, y ahora, en Gibraltar, sin haber salido tampoco de la Roca, divisa dos poblaciones españolas a lo lejos (San Roque y Algeciras, sin duda), de las que no tiene otra cosa que decir que son *“amontonamientos de casas cuyos pobres ocupantes tienen poco o nada digno de encomio, salvo que son seres inmortales que no saben como vivir ni como morir”* (p. 266). Y esa nota es constante a lo largo de su libro. Para

este fanático protestante, España no es un país físico, real, sino un símbolo de otro fanatismo de signo opuesto: su misma aridez es reflejo de la dureza e intolerancia de sus habitantes, engatusados por el ignorante y abundantísimo clero que les oprime (pp. 270, 275, 281, 309).

De un viaje a Almería - el único que hace fuera del Campo de Gibraltar - no se le ocurre decir más que que visitó varias iglesias, "sintió lástima" de los religiosos reclusos en "tres conventos de monjes y dos de monjas", notó la frivolidad con que un cura joven se disponía a decir misa, notó también algunas pintadas hostiles a los liberales, pero "no vi nada que pueda interesar especialmente a un extranjero" (p. 388). Y luego, al subir a los montes que rodean la ciudad y encontrar una vista magnífica, llega a la conclusión de que un paisaje tan hermoso no debe impresionar a un inglés protestante, pues "Dios ha creado todo esto para que lo posean los hijos que le obedecen", pero los españoles no somos obedientes, sino corrompidos, inmorales, defensores del papismo y de la intolerancia, etc, etc (p. 390).

Como casi todos los no-conformistas británicos - que hoy llamaríamos fundamentalistas -, Barber está obsesionado por la "idolatría" de los católicos, y se lleva un alegrón cuando una señora que antes veneraba en su casa una imagen de San José se convierte al Metodismo y deja que su hijo pequeño juegue con la estatua y la rompa (p.303). Excuso decir que estos juicios sobre la vida española no se los inspiraba la observación - pues apenas tuvo tiempo para ello - sino la educación que había recibido en Inglaterra y que le había metido en el caletre varias nociones apriorísticas sobre nuestra patria. Así lo confiesa cándidamente cuando se aproxima en un bote al desembarcadero de Algeciras; no le gusta la cara del aduanero, "que le hace darse cuenta de que se está acercando a ese país donde reina con toda su fuerza esa tiranía política y religiosa que, desde mi infancia, siempre he asociado con los más agudos sentimientos de crueldad y maltrato para con las almas y cuerpos de los hombres... No podía evitar pensar que la fisonomía de aquel funcionario debía ser muy parecida a la de un inquisidor" (pp. 323-24).

Pero no adelantemos las cosas. El primer problema con el que se enfrenta Barber en el Peñón es el idioma. Predicadores metodistas de lengua inglesa ya hay suficientes, para la pequeña feligresía a su cargo; incluso cuentan con un "hermano" que lleva el extraño nombre de Quierell y que dirige algunos oficios en lengua española. Él ha sido enviado para hacer proselitismo entre los hispanohablantes de la Roca, y para ello se prepara concienzudamente estudiando castellano y tratando de dominar su estructura. Debía de tener un carácter algo retraído y poco comunicativo, además de tímido, pues durante mucho tiempo se resiste a practicar la lengua en la calle e insiste en que es preciso dominar la gramática de antemano. Su fuerza de voluntad

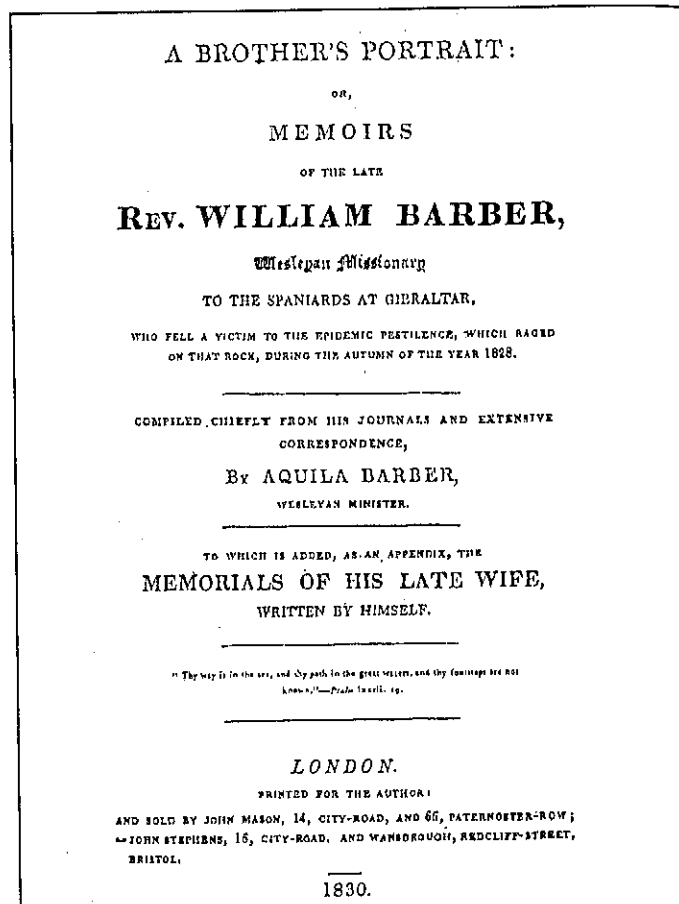


Figura 1. Portada del libro de Aquila Barber en el que recopila la labor misionera de su hermano, el Rvdo. William Barber.

Viajeros

Le capacita al fin para escribir sus sermones en un español aceptable y leerlos en la capilla de forma inteligible. Aunque recibe clases particulares de un exiliado llamado González (p. 300), le aconsejan que pase una temporada en Algeciras, Tarifa o Cádiz, pero la empresa le parece erizada de dificultades. Corren tiempos en que las noticias que llegan de España son confusas e inciertas. Allí hay todavía tropas de ocupación francesas; el comercio entre el Peñón y la península pasa por un mal momento, debido a la política oficial de favorecer las importaciones de Francia, y se está reduciendo el contrabando⁽⁸⁾. Los alimentos y mercancías básicas para el consumo de Gibraltar vienen de África (p.266). Este aislamiento de la colonia se haría mas agudo con la fiebre amarilla de 1828, coincidente con la declaración de Cádiz como puerto franco, lo que incidiría notablemente sobre el contrabando, y por tanto, sobre el empleo⁽⁹⁾.

Por otro lado la situación del Metodismo en Gibraltar es bastante precaria. La mayor parte de la población civil es católica y tiene poco trato con los ingleses, "*excepto para los negocios*" (p. 267). Barber tiene la curiosidad de entrar una vez en la "*iglesia española*" (o sea, católica) y escuchar un sermón sobre "*los dolores de María Santísima, madre de Dios*" (p. 321), experiencia que le lleva a la convicción de que "*la religión católica romana es esencialmente sensual y desmoralizadora*" (p. 321).

Los anglicanos no son mejores, según él; acuden los domingos a la capilla del Convent, donde oficia el capellán de la guarnición, pero aquello es un acto social más bien que religioso. Todo el mundo va vestido a la última moda, a lucirse y flirtear. El ambiente de mundanidad frívola y de diversión es tan prevalente en Gibraltar - lamenta nuestro reverendo - que ha llegado a pervertir y extraviar a alguno metodistas llegados de Inglaterra (p. 267). Sus esperanzas como pastor se centran en la guarnición, si bien con exclusión de los jefes y oficiales, pues las autoridades militares son generalmente hostiles al Metodismo⁽¹⁰⁾, como muestran dos feligreses suyos, un ex-capitán y un ex-teniente, ambos degradados a la clase de tropa por haberse negado en Malta a disparar salvas al paso de una procesión "*papista*" (p. 272). En Gibraltar - se queja Barber - se protege el culto católico, hebreo y mahometano, es decir, a las religiones "*falsas*", mientras que al Cristianismo verdaderamente evangélico solamente se le tolera (p. 282).

Entre los hispanohablantes las conversaciones resultan sumamente difíciles: son gente a las que la religión no les preocupa lo más mínimo, pues la mayoría de ellos son personas que no pueden vivir en ningún otro sitio⁽¹¹⁾; casi todos los marineros españoles son contrabandistas, y lo mismo se puede decir de los comerciantes (p.282). Quedan los refugiados políticos, entre los cuales se encuentran algunos sacerdotes dispuestos a desertar de su "*abominable Iglesia*" (pp.263 y 275) y algunos pobres indigentes que se arriman a la capilla metodista en busca de ayuda económica (p.352), pero la mayor parte - incluido su profesor de español - , liberales de clase media, cultos y escépticos, no constituían terreno apropiado para la siembra evangélica (p.340).

A finales de marzo de 1826, cansado de estudiar teología, decide por fin tomarse unos pocos días de vacaciones en Algeciras y así practicar el español. Su relato versa casi exclusivamente sobre asuntos religiosos, como veremos, pero también de ciertos detalles pintorescos de la travesía, e.g.: casi todos los pasajeros de falucho donde viaja llevan escondidos paquetes de contrabando bajo las ropas, lo cual les hace parecer muy gordos (p. 323); el desembarco resultó problemático: tuvieron que pasar del falucho a un bote, y luego desafiar las grandes rompientes que el levante había causado en la barra del río de la Miel, con lo que llegaron empapados de agua salada (p. 324).

La ciudad estaba llena de militares, lo que dificultó encontrar posada, cosa que consiguió al fin con la ayuda del vice-cónsul británico Sr. Brulini. Ya de anochecida salió a recorrer las calles, y dio con la plaza del mercado, que tenía el suelo de grava. En uno de los puestos se vendían unas figuritas de plomo que William creyó eran juguetes, pero que resultaron ser imágenes de santos que la gente ponía en sus casas, después de bendecidas por un sacerdote. Una de ellas, de forma semejante a la de una condecoración, representaba una custodia: - "*Es su Majestad, es Dios*" - le explicó un circunstante (p. 326).

Por esos días se desarrollaba en Algeciras una misión organizada por frailes que oían confesiones durante el día y por las tardes sacaban una procesión y predicaban por todo el pueblo. En la “*iglesia principal*” oyó el viajero un sermón donde se atacó a los filósofos descreídos y se remachó la necesidad de la fe, poniendo como ejemplo negativo a Inglaterra y otros países protestantes, castigados con diversas calamidades por su infidelidad: “*Pero su intención principal era conmover fuertemente los sentimientos del público describiendo de manera horrible los tormentos de los condenados en el infierno*” (p.327). A la gente que se reúne en la cocina de su posada no le gustan los frailes, pero nuestro reverendo, con un buen sentido que ahora le honra, añade que tal clase de personas sería hostil a cualquier religión que tratase de refrenar sus vicios (p. 328).

Al día siguiente pasea por los alrededores de la ciudad, pasa por el sitio donde se había fusilado a los constitucionales sublevados (p. 328) y entra en la choza de un campesino de costumbres patriarcales que le acoge hospitalariamente a pesar de su pobreza (p. 329).

Creo que la estancia del Rev. William Barber en Algeciras durante la citada misión, contribuyó a dulcificar sus prejuicios contra la Iglesia Católica. Aunque la vista de un sacerdote anciano que porta un gran crucifijo en una procesión le hace decir que su rostro reflejaba “*orgullo espiritual, autoridad, crueldad, y, en una palabra, intolerancia*” (p. 330) y aunque condena el rezo de la letanía de los santos por “*presuntuosa e idólatra*” (p. 332), los sermones que escucha le hacen modificar sus opiniones sobre el clero “*papista*”. Un fraile, que le parece “*un hombre sincero y bueno*”, dice desde el púlpito “*muchas cosas verdaderas y tremendas*”. Otro predicador le impresionó por sus grandes conocimientos teológicos (p. 332) y, en general, concluye que los clérigos católicos contribuyen favorablemente a la moralidad de sus feligreses, pues saben hablar de manera convincente y remover sus conciencias, si bien tienen el defecto de insistir demasiado en las penas del infierno y en la necesidad de hacer penitencia, y por otro lado, apenas hablan de salvación por los méritos de Cristo, lo cual es desvirtuar el espíritu del Evangelio (p. 331).

El otro único viaje realizado por Barber fuera de los confines de Calpe tuvo lugar en la primavera de 1828, y lo llevó a cabo con el fin de mejorar su salud, siempre endeble, y descansar. Un barco inglés le trasladó de Gibraltar a Almería, y de allí, a lomos de mula, se encaminó hasta Granada, por el valle que separa a la Sierra de Baza de Sierra Nevada, pero su relato se interrumpe en el pueblo llamado Nacimiento, y no es particularmente rico en observaciones interesantes. Tampoco sabemos cómo volvió.

A finales de agosto de 1828 comienza en Gibraltar una epidemia de fiebre amarilla, enfermedad bien conocida en la plaza, que había sufrido dos gravísimos contagios en 1804 y en 1814, y con menos rigor en otras fechas. Barber cree que es endémico en el Peñón. No se explica cómo apareció en un verano tan fresco como el de ese año, en que predominaron los vientos de poniente.

El 5 de septiembre el gobierno ordenó que toda la población del barrio donde se había declarado la epidemia se trasladase al mal llamado Campo Neutral, donde se le facilitaron tiendas de campaña. Esta medida, calificada por algunos de “*tyrannical*”, causó gran inquietud, pero no puso fin a la epidemia que siguió agravándose. Se decidió entonces dispersar a la población por toda la Roca, para evitar aglomeraciones. Hubo gibraltareños que lograron escapar a San Roque en los primeros días de alarma, pero pronto fue imposible salir, pues las autoridades españolas formaron un “cordón sanitario” y prohibieron desembarcar en España bajo pena de muerte.

La mitad de la tropa fue llevada a la parte sur del Peñón e instalada en campamentos. Se cerraron todos los lugares públicos, incluidas las iglesias, y el comercio quedó paralizado, lo cual, unido al hecho de que Cádiz, declarado puerto franco, estaba ya quitando negocio a Gibraltar, causó gran paro e indigencia, sobre todo en la gente del Campo Neutral, que era la más pobre y tuvo que vivir de la caridad pública.

Viajeros

Según el *Gibraltar Chronicle* (12-1-1829) el saldo de muertes se elevó a unas mil seiscientas, muchas menos que las cinco mil y pico de 1804. El jefe médico, el Dr. I. Hennen, luchó enérgicamente contra la epidemia y sucumbió. El Rev. Barber se comportó como un héroe. Su casa-misión fue cedida para uso como hospital, y él se trasladó a la vivienda de una familia llamada Barnard, situada en la parte meridional del Peñón, la menos peligrosa.

Pero nuestro reverendo tuvo que actuar como capellán de la guarnición por la temprana muerte del titular, aceptando su cargo, aunque no su sueldo, que cedió a los indigentes del Campo Neutral. Su ocupación consistía ahora en enterrar a los veintitantos protestantes que morían a diario y en visitar a los apestados de los hospitales para ayudarles a bien morir.

El desenlace era de esperar; pronto sufrió el contagio y falleció, en casa de los Barnard, el 26 de octubre de 1828. Sirvan estos modestos apuntes para honrar su memoria⁽¹²⁾.

NOTAS.

- (1) *A Brother's Portrait*; or, Memoirs of the Late William Barber, Wesleyan Missionary to the Spaniards at Gibraltar, who fell victim to the epidemic pestilence, which raged on that Rock, during the Autumn of the year 1828. Compiled chiefly from his journals and extensive correspondence, by Aquila Barber, Wesleyan Minister. To which is added, as an Appendix, the Memorials of his Late Wife, written by Himself. London. Printed for the Author: and sold by John Mason, 14 City-Road, and 66, Paternoster Row; John Stephens, 16, City-Road, and Wansbrough, Redcliff Street, Bristol. 1830. 21'5 x 13'5 cm. pp.xvi, 438, viii, 72.
- (2) La primera carta del libro, escrita por William a su hermana Priscilla, comienza de esta poco usual manera: "Quiero saber en especial si ya has repudiado a Satán como amo tuyo." (p.5). La mayor parte de la correspondencia es de parecido tenor.
- (3) El *Oxford Companion to English Literature* (4a.edn., 1975) distingue entre el Metodismo wesleyano y el de los seguidores de Whitefield o calvinista (Art. Methodism).
- (4) Véase mi ensayo "El cateto y el milar; notas de sociología amateur", en *Gades*, no.8 (1981) pp, 11-34.
- (5) Ver R. Sánchez Mantero, *Estudios sobre Gibraltar*, Diputación de Cádiz, 1989, pp.33 y sigs.
- (6) Ver, por ejemplo, Richard Ford, *A Handbook for Travellers in Spain*, Centaur Press, Londres 1966 [1848], pp.505 y sigs.
- (7) Cfr. el bonito libro de R. Dundas Murray, *The Cities and Wilds of Andalucía* (Londres, 1849). Aunque sigue un itinerario predominantemente rural y montañoso, el autor no cesa de comparar las soledades andaluzas, que él encuentra "tristes", con la superpoblada Inglaterra. Y eso que era escocés.
- (8) Ver R. Sánchez Mantero, *Los cien mil hijos de San Luis*, Universidad de Sevilla, 1981.
- (9) Ver mi ensayo "El contrabandista y su oficio en el siglo XIX", en *Gades*, no.14 (1986) pp.127-63. A Barber le preocupaba también la delincuencia y la impunidad ante la justicia que reinaban en la España fernandina, y pone como ejemplo el de un joven de Algeciras que había cometido siete asesinatos y seguía en libertad, por ser su padre rico y haber sobornado a los jueces. Por fin murió a manos de un barbero que le degolló en plena "plaza pública" (¿Plaza Alta?) Y que también escapó sin castigo, pues todo el mundo le consideró un bienhechor del pueblo (p.307).
- (10) Sabido es que al duque de Wellington le preocupaban mucho los avances que hacía el Metodismo entre los soldados del ejército británico de la Península durante la guerra de 1808-1814. Véase, por ejemplo, A. Brett-James, ed., *Wellington at War* (Londres 1961) pp. 212-14.
- (11) La frase es ambigua, y la explicación que sigue más ambigua todavía: "by this, however, I do not mean that they are of an abandoned and incorrigible character, but that they are thus too intimately dependent on each other [?], and too much under perpetual surveillance to be at liberty to think for themselves" (p.282)
- (12) El libro ofrece alguna que otra noticia de interés para la historia local, como el fuerte temporal del Sudoeste que causó gran destrucción entre las embarcaciones ancladas en la bahía en diciembre de 1825. Unos 150 barcos, algunos de ellos de gran tonelaje, acabaron encallados y aplastados unos contra otros en la zona denominada neutral. Entre estos se encontraban el corsario colombiano *General Soublotte*, "que durante mucho tiempo había sido el terror del comercio español en estos mares" (p.292), y que fue atacado por tropas españolas por tratarse de rebeldes contra la corona (Colombia era aún oficialmente una colonia española). La tripulación acabó rindiéndose (pp.292-94). Una de las víctimas del temporal fue un coronel español que, como otros muchos refugiados liberales, vivía en uno de esos barcos, aunque su mujer e hijas podían residir en San Roque (p.294). Según R. Sánchez Mantero (*Estudios sobre Gibraltar*, p.36) en diciembre del año anterior había no menos de 250 exiliados políticos viviendo en estas embarcaciones fondeadas.